

Nombrar el vacío, medir lo infinito

Tete Álvarez y Tomás Miñambres

Galería Trama, Madrid. Plaza de Alonso Martínez, 3

Hasta el 15 de febrero

EN las tecnocracias modernas la objetividad del periodista, como la del estadista, ha de ser forzosamente la del científico: todo reportero que se precie malgasta invariablemente los valiosos minutos de que dispone para informar sobre una procepción –por ejemplo–, aburriendo al espectador con una sucesión de datos perfectamente ajenos a la sustancia espiritual o poética del acontecimiento –el número de asistentes, el peso de la imagen, cuanto se tarda en vestirla, cuantos tenderetes se han montado, cuál es la temperatura o cuánto les cuesta a las cofradías–, siendo pues la estadística el único argumento de su discurso formativo. Un sencillo experimento casero, como sería por ejemplo la contemplación prolongada de una regla o de una cinta métrica, revela, sin embargo, que tal actividad provoca en el observador un cierto tedio, explicable por cuanto tales objetos son particularmente monótonos, cualidad ésta en la que precisamente basan su utilidad y eficacia. Por lo general, la cuantificación, además de ser aburrida, no explica nada, y, por eso, el común de los mortales sigue tratando de describir lo que ve echando mano de otro tipo de argumentos, lo cual ciertamente plantea problemas mucho más complejos, como los que, como veremos, aborda Tomás Miñambres (Gijón, 1971) en sus sugestivas no-narraciones.

Pero tanto la preeminencia del discurso cuantificador –y, en definitiva, cosificador– como su esterili-



Uno XVIII (2003), de Tomás Miñambres

dad son objeto de atención por parte de Tete Álvarez (Cádiz, 1964), artista vinculado desde mediados de los noventa a la galería sevillana Cavecanem, que le ha llevado a ARCO en varias ocasiones, y en cuya sede se inició hace unos meses este ciclo de interesantes exposiciones conjuntas de dos autores cuyas obras no sólo se complementan para dar lugar a una visión abierta a múltiples interpretaciones, sino que tienen en común un cierto gusto por la plasticidad y el refinamiento. Con sus *Topometrias* y sus *Desterritorios*, que como señala Javier Panera «recuerdan vagamente a las prácticas del *détournement* situacionista, aunque desde una postura cínicamente lacónica», muestra de forma singularmente eficaz cómo la simple presencia –llamativa-

mente absurda– de una serie de instrumentos de medida en el paisaje o en el entorno urbano basta para privarle a ese trozo del mundo de una parte de su esencia no cuantificable, dejándola reducida a un mero conjunto de códigos inútiles (y en cierto modo, al ser la propia fotografía una forma de representar o de codificar la realidad, ésta se ve arrastrada hacia el mismo sinsentido).

La cara más misteriosa

La presencia simultánea del mismo personaje en dos lugares distintos de un mismo escenario –un anfiteatro, un paisaje, un acuario, lugares sin historia– nos obliga a nombrar esa otra cara de la realidad, la más misteriosa, inaprensible e incommensurable. Ciertamente, hay aquí una negación de todos los sistemas conocidos de medida del tiempo y del espacio (quedando pues demostrada la complicidad que se establece entre ambos artistas), pero la obra de Tomás Miñambres, joven artista en alza que acaba de obtener una mención en el Premio ABC de Fotografía y otra en el certamen Generación 2004 de Caja Madrid, tiene otras implicaciones: *Uno* –título dado a todas las imágenes– es una narración suspendida, es la imposible pervivencia del instante y, como destaca Javier Panera, el encuentro con una otredad inquietante que encarna «los tres miedos que Freud identificaba como fuentes de lo siniestro: el temor a encontrarnos frente a un ser que no sabemos si está inanimado o vivo, el temor a encontrarnos en un lugar desconocido (...) y finalmente, el temor a enfrentarnos con nuestro propio doble».

Javier Rubio Nombrot